

Vicente Esplugues,
Sacerdote Misionero



Os doy la paz, no la que os da el mundo.

Introducción. Para nosotros el concepto de paz es la ausencia de líos, de conflictos y de responsabilidades. Un fin de semana lleno de paz, como nosotros nos lo imaginamos es, en un spa, sin que nada, ni nadie nos moleste. Con baños de barro, masajes, aguas vibrantes, y ausencia de complicaciones. Pero lo cierto es que vivir es estar implicados e inmersos en toda la amplia gama de relaciones que acompaña a nuestra vida. Quien quiera vivir sin problemas y sin tensiones, que se muera y se vaya al cementerio, que allí, pocos conflictos tendrá con los vecinos. O mejor que nos incineren y nos espolvoreen en el mar o debajo de un olivo. Vivir es optar, es decidir, es ponerse de acuerdo. Equivocarse y acertar. Reírse y llorar. Ir, venir, saludar, despedirse. Un continuo fluir de ideas, de pensamientos, de palabras,

de emociones. Se pasa de la alegría por haber conseguido la copa del Rey, a la humillación de palmar 5 a 1 en San Mamés. De ser una valiosa dirigente del Partido popular en Madrid, a escuchar de forma explícita la invitación a abandonar el partido. De ser apartado del equipo junto a otros dos compañeros, cambian al entrenador, y vuelven a sentirse futbolistas, readmitidos.

En una palabra, vivir es acoger lo sorprendente, lo cambiante, lo desconocido, y vivirlo con paz. Con alegría. Eso es la oferta de Jesús a sus discípulos: **“La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde” Jn 14 ,27.** Muchas personas sufren mucho con la vida. Por que tienen el deseo y la tentación de vivir acomodados, conservando, controlando, tranquilos. Y la vida continuamente les desinstala, les hace temblar. Es la tensión implícita en todos nosotros. Pero cuanto más me opongo al continuo fluir de la vida, peor lo paso. La paz de la que habla Jesús, es una paz que se instala y se apoya en la fe y en la confianza de quien se sabe acompañado y cuidado en todos los momentos y circunstancias de la vida.

Lo que Dios nos dice. **“No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo esté estéis también vosotros. Jn 14, 1-3.** La paz instalada en el corazón de las personas se manifiesta en la ausencia de miedos y de temores. El corazón lleno de amor, no deja espacio a las dudas y a los rencores. Es verdad que las evidencias que se presentan frente a nosotros dan miedo. Jefes amenazantes, previsiones de crisis, final del planeta por el cambio climático. Crisis de vocaciones, el final de la Iglesia etc. Pero frente a esos temores aparece la lucidez de la fe. El mismo Dios que nos ha acompañado hasta el día de hoy, en el camino de nuestra vida, es el que garantiza su compañía para el futuro. Como expresa el salmista: **“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor, el refugio de mi vida, ¿ante quién temblaré? Cuando me asaltan los malhechores ávidos de mi carne, ellos, adversarios y enemigos, tropiezan y caen. Aunque acampe un ejército contra mí, mi corazón no teme; aunque estalle una guerra contra mí sigo confiando. Una cosa pido al Señor, es lo que ando buscando: vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida, admirar la belleza del Señor contemplando su templo. Me dará cobijo en su cabaña el día de la desgracia; me ocultará en lo escondido de su tienda, me encumbrará en una roca. Entonces levanta mi cabeza ante el enemigo que me hostiga; y yo ofreceré en su tienda sacrificios de victoria. Cantaré, tocaré parta el Señor. Escucha, Señor, el clamor de mi voz. Ten piedad de mí, respóndeme. Digo para mis adentros; Busca mi rostro. Si, Señor, tu rostro busco; no me ocultes tu rostro”. Salmo 27.** Vivir en la casa del Señor, no es buscar un lugar físico. Al contrario es descubrir que nuestra vida, es el lugar donde Dios decide morar. **“El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él”.** Jn 14,23. Es tan real que es Dios quien nos busca, que hace él morada de nuestro cuerpo. Nuestra vida es la que revela y refleja la bondad de Dios. Somos tan valiosos, cada persona que viene a este mundo, que si descubriéramos lo que nos constituye, lo que nos habita, sentiríamos una paz y un amor que nos inundarían todos los días. Dios ama tanto lo humano que lo asume como el espacio donde él se muestra, se enseña, se da a conocer. **“Yo tengo mis delicias en los hijos de los hombres”.** Proverbios 8,31.

Cómo podemos vivirlo. La paz que nos da Jesús la tenemos que acoger. Es una oferta gratuita que la podemos disfrutar o rechazar. Como la semilla que cae en tierra y hay lugares donde germina, y lugares donde se la comen los pájaros o cae entre espinos. La paz supone un tiempo exclusivo de recepción. Tenemos que extender los brazos, y como pobres, esperar que el Dios de la vida nos regale todo lo necesario para ser hombres de paz. Que sepamos hacer lecturas creyentes de todo lo que nos acontece. Y que vivamos con la alegría de que en todo interviene para nuestro bien, el Dios de la misericordia y de la paz.